



La leyenda de la Virgen de  
Habitaban las llanuras de  
tribus de indios aguerridos, bravos en su condición de bárbaros, que  
no permitían difundir en sus comarcas las primeras suaves  
brisas de civilización.

Los misioneros, cuya azarosa vida, los ha-  
bría hecho conocedores del indomable genio indígena, compren-  
dieron que no era el espada el arma con la que doma-  
rían su soberbio orgullo y que la conquista debía verificarse  
se en forma pacífica, por cuanto aquellas tribus terribles  
defendían con admirable demerito sus dominios.

Corría aproximadamente el año 1500 y ya se había  
realizado sangrientas tentativas, sin haber conseguido do-  
bligar la feroz resistencia de los celosos guardianes  
de los valles de Paipaya.

Era una tarde: el grito de alarma se dió  
en la comarca; la presencia de los conquistadores  
los cercanos encendió sus miradas de ira  
rostros el coraje y armaron su potente  
hacer frente, como otras tantas veces  
al enemigo. Avanzan, lanzan sus fieras  
se aprestan más y más a la bárbara  
de algo hay que detiene sus flechas y los  
der atónitos; que misterioso encanto, desarma así a  
estos invencibles? Es que habían visto, blancos de



II

sus flechas, una hermosa mujer con un niño en brazos y espantados de esta bella visión retrocedieron.

Reunidos más tarde para considerar el hecho, sus ardientes imaginaciones, no podían concordar sobre el origen de esta misteriosa aparición y decidieron presentarse meramente a defender con más brío su territorio.

Así lo hicieron, más la constante aparición, volvió a turbar sus miradas, volvió a desarmar sus brazos, volvió a pendirlos.

Acosados por esta, como idea fija, en su preocupación, vagaban cierto día pensativos y maquinalmente dedicábase a sus primitivas tareas de caza, cuando vuelve a ponerse ante sus miradas, la imagen aquella; pero ahora no tan lejos, que no hubieran satisfacer su casi infantil curiosidad. Qué bajo de un frondoso jacarandá, todo verde, cuyas ramas suavemente mecidas por la brisa primaveral, dibujaban en el piso fantástica alfombra de sombras sobre el tono esmeraldico del campo matizado de pilvestres florecillas, que resplandeciente, llena de luz y de encanto, encuentran aquella celestial imagen, cuya serena faz, efluir la irradiación de una bondad suprema y en cuyos brazos sostenía el divino niño aquel de la visión.

Era la Virgen del Rosario, era la reina de Paipa.

## La leyenda de la Virgen de Paiyaya.

Habitan las llanuras de Paiyaya, tribus de indios aguerridos, bravos en su condición de bárbaros, que no permitían difundir en sus comarcas, las primeras suaves brisas de civilización.

Los misioneros, cuya agreste vida, los había hecho conocedores del indomable genio indígena, comprendieron que no era el espada el arma con la que domarían su soberbio orgullo y que la conquista debía verificarse en forma pacífica, por cuanto aquellas tribus terribles defendían con admirable denuedo sus dominios.

Corría aproximadamente el año 1600 y ya se había realizado sangrientas tentativas, sin haber conseguido doblegar la feroz resistencia de los celosos guardianes de los valles de Paiyaya.

Era una tarde: el grito de alarma se divulgó en la comarca; la presencia de los conquistadores en las cercanías encendió sus miradas de ira, iluminó sus rostros el coraje y armaron su potente brazo para hacer frente, como otras tantas veces victoriosamente al enemigo. Avanzan, lanzan sus primeras flechas y se aprestan más y más a la bárbara contienda, cuando algo hay que detiene sus flechas y los hace retroceder atónitos; qué misterioso encanto, desarma así a estos invencibles? Es que habían visto, blancos de



II

sus flechas, una hermosa mujer con un niño en brazos y espantados de esta bella visión retrocedieron.

Reunidos más tarde para considerar el hecho, sus ardientes imaginaciones, no podían concordar sobre el origen de esta misteriosa aparición y decidieron presentarse nuevamente a defender con más brío su terreno.

Así lo hicieron, más la constante aparición, volvió a turbar sus miradas, volvió a desarmar sus brazos, volvió a pendirlos.

Acosados por esta, como idea fija, en su preocupación, vagaban cierto día pensativos y maquinalmente dedicábase a sus primitivas tareas de caza, cuando vuelve a ponerse ante sus miradas, la imagen aquella; pero ahora no tan lejos, que no pudieran satisfacer su casi infantil curiosidad. Fue bajo de un frondoso pacará, todo verde, cuyas ramas suavemente mecidas por la brisa primaveral, dibujaban en el piso fantástica alfombra de sombras sobre el tono esmeraldico del campo matizado de pilvestres florecillas, que resplandeciente, llena de luz y de encanto, encuentran aquella celestial imagen, cuya serena faz, eflúia la irradiación de una bondad suprema y en cuyos brazos sostenía el divino niño aquel de la visión.

Era la Virgen del Rosario, era la reina de Paipa.

ya, que iba a establecer allí su dominio, se reducir aquellos seres sumergidos en la barbarie, atraerlos y hacerlos partícipes de los beneficios de la civilización.

La fe penetró en el corazón de los indios como una chispa eléctrica y a su poderoso impulso deshicieron sus armas.

Fue pues esta imagen providencial, la protectora de ese pueblo que cifró en ella su esperanza con pura fe y ardiente amor.

Cuéntanos también la tradición, que cuando las diversas tribus pretendían ferozmente apoderarse de la ciudad del Srno. Salvador de Guay se apareció igualmente entre resplandores, sobre un Pucará en ruinas, una señora vestida de rosa y celeste, con un bastón en una mano y un niño en la otra y frasmados los salvajes ante aquella visión, rindieron sus armas bélicas que caían como por encanto de sus manos, y huyeron desprovistos por entre zarzales y bosques, atravesando cerros, ríos y barancos, refugiándose en las márgenes de Paipaya.

En esta población permaneció la Virgen del Rosario, hasta que la vida de las tribus determinó más tarde la extinción de aquel pueblo y luego, tan venerada imagen fue trasladada a Rio Blanco, población la más vecina de aquella y numerosa en aquel entonces.



Desparpando sus divinas gracias entre los que fielmente depositaban en ella sus esperanzas, pasó años entre este pueblo que le rendía ferviente culto.

Es conocido asimismo el hecho de haber sido esta Virgen la alentadora del ejército del norte, a cuyos pies más de una vez, Belgrano y otros patriotas se inclinaron en demanda de su divino apoyo.

Han pasado aquellos tiempos, han desaparecido aquellos hombres y la imagen de la Virgen de Paipaya y Río Blanco vive aún; es como antes el ídolo de este pueblo. Contada es y fue la historia de sus prodigios de generación en generación y entre la aureola de fulgente de su gloria cada día más grande, vivirá todavía entre sus hijos, en el cómodo camarín construido expusamente en nuestro histórico templo "La Matriz", evocador de recuerdos patrios, al que fue trasladada el año pasado con motivo de su coronación, entre el humo y la pompa de una gran fiesta social.

El pueblo juzga la proclama su redentora y deposita diariamente ante su trono las escogidas flores de sus jardines, como homenaje de gratitud.

Río Blanco 10 de Noviembre de 1921

Aguilera Suárez de Ricotti